

con "un parche de vida en cada mejilla"; es el diente de leche, que trocaráse en juguete bajo la almohada; es la tiza, que duerme su sueño cilíndrico en el bote de madera; es el arroyo, el camino en el bosque, la lluvia en la calle; es en la escuela "la trémula escasez de un dedo blanco"; sobre el mapamundi, vacilando "como un pájaro perdido" (magnífica imagen).

Excusas, amigo Santa Cruz. Esta límpida poesía suya es buena, pero usted pretende engañarnos. Lo esencial en usted es el sentido dramático de la vida. Se ocultan Poe y Maeterlinck en sus versos. Cultive ese sentido, haga autobiografía desdoblada, vuélquese en romances de destinos turbios, sin dejar del todo las inquietudes bellamente accesorias con que pretende despistarnos.

Admiramos su talento y su culto por la forma clásica. Pero el objeto de una nota crítica no debe ser la exaltación de las virtudes y la revelación de los defectos. Su fin primordial es ayudar al poeta a encontrarse a sí mismo.

Por ello le decimos: amigo Santa Cruz, más de acuerdo consigo mismo está usted en poesías como "La Sombra", de sugestión maeterlinckiana; en "El Perro Ciego", en el "Romance a García Lorca", "Una Palabra que no sé decirte" y "Mi Amigo el Gusano".

Huya de realizaciones como "Rompeamos este Vidrio", "El Arco Iris" y "Cromo". No haga poesía combativa ni minuciosa. El más grande imperativo que debe formularse es éste: "Vía libre a la desesperanza". En ella tendrá siempre un sutil y melancólico consejero, si no quiere engañarse y desmentir la esencia de su propia individualidad con fórmulas artificiales y juegos de ingenio.

B. Z.

*

1936 - "LA ESENCIA DEL TEATRO DE O'NEILL", ensayo de Boris Zipman. — Buenos Aires.

Merecía el admirable tuberculoso de Nueva York, un homenaje de las letras argentinas, ya que van apinándose en cardumen intermitente y promisorio numerosos autores jóvenes de nuestro medio, que siguen sus pasos. Y así aparece sobre los últimos ecos del premio Nobel, "La Esencia del Teatro de O'Neill", ensayo de Boris Zipman que obtuvo el premio Alfredo Colmo de 1936.

Con su tranquilidad muscular de costumbre, Zipman enfrenta el tó-

pico y lo resuelve serenamente, sin volver sus ojos atrás, por la inexistencia del estudio previo y porque O'Neill trabaja sobre la distancia horizontal de su propio plano. "No creo en las disecciones científicas en la literatura", nos dice en sus palabras iniciales. Por eso es el suyo un ensayo confidencial, íntimo y ameno, reposado y sencillo. Compuesto —según declaraciones personales del autor— en un lapso de pocos días, frente a la exigencia de una fecha fija, acusa, sin embargo, una fidelidad fotográfica en el enfoque total, que revela el pie de plomo sobre el suelo concreto. Zipman sabe de quién habla. La retórica desaparece en el margen, para entregarnos la magia de un estilo conciso, sobrio y expresivo, como un texto en líneas geométricas suavizadas por el color de la carne.

El recuerdo de un Taine que estudiamos juntos, entrega a Zipman el mecanismo de su análisis. Colocando el complejo intelectual y físico —hasta fisiológico— de O'Neill bajo el pulgar del medio, la absorción de tierra y hombre, de vida y cuerpo, explica el contenido de la obra. No el genio dominando el acervo total, sino la dolorosa experiencia del mundo manejando al genio. Zipman nos dice la verdad más grande: "Grita porque el dolor le tomó de frente, vió su faz trágica y grabó sus rasgos en la memoria". Y en la memoria, aferrado con uñas de alambre, ese fantasma enfermizo y rabioso que Zipman despelleja con el bisturí de su pluma: la insignificancia del hombre, microbio anónimo en un rinconcillo de la tierra, a su vez rinconcillo del Universo. La misma rabia de Maeterlinck, pero cuajada de vida, de humanidad, de esfuerzo. Así lo dice Zipman: "La emoción que surge de su obra está impregnada de un hálito de tierra".

Mas, O'Neill no es una isla. Cordones umbilicales lo desprenden. Y así, luego del análisis individual, nos llega, en el ensayo, el cotejo y la reciprocidad. Shaw, Lenormand, Pirandello, Maeterlinck, Gantillon, hasta Freud. Retrocediendo, Poe y Stevenson, diría yo. Y O'Neill, aparece como un crisol gigante, como un titán neurasténico, revolviendo entre gruñidos de sangre los cuerpos y los cerebros de los hombres. Dice Zipman: "O'Neill ha transformado el mundo en un inmenso circo, cuyo creador, en la entrada, proclama la excelencia de los distintos elementos de diversión". Pero O'Neill es un "crooner" tan plástico como metafísico. Eeléctico de la desesperación. "Dion Anthony (pág. 27), cuyo nombre resume los de Dionysos y San Antonio, es una extraña mezcla que auna la resignación cristiana y el desenfreno báquico de los tiempos paganos".

Admirable esta síntesis tranquila que Boris Zipman nos presenta en su ensayo. Acaso podríamos reprocharle su frialdad. Pero recuerde-

mos que no convienen al crítico las efusiones temperamentales. Al conservar su línea de conducta, Zipman conduce la mente sin sobresaltos hasta el término propuesto. "La Esencia del Teatro de O'Neill —ejemplo— no supera las cincuenta páginas. Todo está allí apretado sin exageraciones, destilado con mano segura hasta el límite que la limpieza y el buen gusto señalan. Piedra fundamental de una serie analítica que precisamos, tal se nos ocurre este modelo de equilibrio y simetría subjetiva que es "La Esencia del Teatro de O'Neill". Antes que nosotros, ya la crítica periodística del país ha expresado su admiración y su aplauso para el robusto y nítido disector que surge. Boris Zipman hará escuela. En futuro, porque sabemos que el ensayo presente, es el primer paso de una escalera cuyo segundo peldaño será Bernard Shaw. Aguardamos con expectativa el resultado de tal estudio, que prejuzgamos docto. Entre tanto, nuestro más sincero aplauso para Boris Zipman.

A. S. C.

*

1936. PRELUDIO (Sonetos), de María Luisa Rubertino. — Buenos Aires.

María Luisa Rubertino se halla en equilibrio físico sobre la arista de sus primeros sueños. Blonda caja de música, llega a estos volanderos veinte años que alguna vez —¡ay!— tuvimos todos nosotros, llena hasta los ojos de armonías diversas que se entrelazan y se confunden, porque aun no ha venido el índice austero de la serenidad, para indicar el camino legítimo. A María Luisa le dicen palabras de súplica todas las esquinas del mundo en el cual giran sus pasos. Y María Luisa acude a tejer versos para todas las voces que la llaman.

La espontaneidad se abrocha en sus tobillos como las alitas mitológicas de no sé cual fantasma griego. Sin embargo, hay que saber elegir. María Luisa Rubertino, todavía no ha encontrado su huella, porque el poeta debe nacer a los veinte años, para buscarse durante toda la vida. Ella nos ha confiado que este cofrecillo de sonetos es un "Preludio". Como tal hemos de considerarlo, aguardando que maduren los cabellos rubios sobre la frente pensativa y ancha de su dueña.

Pero el crítico debe recomponer su ceño adusto y juzgar fríamente el bosquejo que trae entre manos. Técnicamente, María Luisa Rubertino acusa fallas, que reprocharemos sin levantar ampollas.

Comprobado hasta el hartazgo que en ausencia de rima y métrica codificadas, la poesía subsiste. Pero quien se propone sonetos, debe cum-